

## XXIV

## SOMIÓ

Así dice el tarjetón colgado en una banda del tranvía. El coche va á partir. Subamos. Por algo mi buenísimo amigo Rafael Serrano Arroyo, docto catedrático del Instituto de Jovellanos, me aconseja que ocupe un extremo del asiento. Dejadas atrás las últimas casas de Gijón, el vehículo toma por un camino orillado de quintas con jardines que asoman las copas de sus frutales y las redes de sus madresevas, ya sobre los bardales de sus tapias, ya por entre los barrotes de sus verjas de hierro.

Un puentecillo de pretilos de piedra, dos golpes de maleza en las orillas, un grupo de árboles en cada lado, empinándose para mirarse en el agua, un poco de tremedal y otro poco de corriente tranquila y mansa, que pasa lamiendo los guijarros del lecho

sin mover ruido. Es el Piles. Más allá hacemos estación en un poblado. Por la derecha se aleja entre cercas de camberones una carretera. Es la Guía. Más hoteles; la mancha verde siempre. Al fin. El tranvía se detiene. Hé aquí Somió.

Una plaza singular. Constitúyena un cuadrado de árboles de alto tronco que juntan sus copas formando un toldo espesísimo; cada tronco tiene en su pie un asiento de piedra que le rodea. El efecto es el de una serie de columnas surgiendo sobre basas circulares de granito, por un agujero abierto en su centro. El pueblo es sencillo, apacible, sosegado, y en su término se alzan varias quintas con huertos y jardines, entre ellas las de Pidal, Duque de Tarancón, Jove Llanos, Fernández Vallín y Obispo de la diócesis. Siguiendo la carretera de Villaviciosa, merecen mención las de Cifuentes, Revilla-Gigedo y la famosa denominada la Isla. Varias callejas nos brindan sus túneles de verdura. Dejémosnos conducir á la ventura y enderecemos nuestros pasos por esa trocha en cuesta que nos convida con su misteriosa quietud y dulce claridad.

## LA SELVA, SU HADA Y SU OGRO

Es un verdadero bosque virgen americano el en que acabamos de penetrar, tan espeso, que siendo las tres de la tarde de un claro día de sol, á los pocos minutos adelanta uno envuelto en suave oscuridad de anochecer. Bien es verdad que esto deja ser calleja para convertirse en galería. Abedules, fresnos, hayas, robles, pinos, ¡quién sabe las especies arbóreas que crecen en las orillas del sendero! Pero lo que da al sitio una nota salvaje, es la enorme red de trepadoras que extendiéndose como fina tela de araña por el arbolado, enlaza los troncos con una urdimbre de cuerdas y filamentos, que trae á la memoria las arboladuras de las antiguas fragatas. Esa vegetación pacienzuda de todas las selvas, que en su afán de subir no respeta nada, ha realizado aquí los más extravagantes, pero los más bellos caprichos. Álamos forrados de arriba abajo de yedra, guirnaldas de hojas muy menudas, que penden como sartas de un collar de una á otra acacia, hilos verdes que cuel-

gan balanceándose á manera de fleco. En algunos sitios la maraña es más clara, y se distinguen á los lados praderas naturales de un esmeralda intenso, salpicadas aquí y allá de castaños. Millares de pájaros invisibles alborotan por entre las inquietas frondas. Es el único ruido del paraje. Fuera del pitoreo, reina en él un silencio que resultaría medroso si no poseyera una suprema dulzura.

Pero... ¡á ver, á ver! ¡Es una voz humana, una voz femenil, una voz que canta! Escuchemos. La voz «oculta» entona una sonata de un ritmo cadencioso y lento, lleno de melancolía. El motivo es siempre igual; de cuando en cuando viene una pausa, y torna á repetirse. Es una historia de moros y cristianos, una melopea en que se entienden las palabras caballero y castillo y odalisca y amores. El acento agudo y fino revela una jovencita. Semejante leyenda, lanzada al espacio inopinadamente en estas umbrías solitarias, produce un efecto maravilloso. Parece que las hojas han callado y que los pájaros han enmudecido para oír. ¡Ah! La selva tiene su hada. ¡Chist! Acérquemonos con cautela, apartemos con cuidado la maraña espinosa. El sonido brota

ahí, á la derecha. Una aldeanita y una res. El hada del bosque es una campesina que cuida de su vaca mientras el animal pace en la pradera.

Sigamos sin mover ruido para oír la me-lopea mientras la distancia lo permita. Si la aldeana advirtiera el espionaje enmudecería. Las campesinas, como los ruiñeños, no cantan más que en la soledad. La voz se va quedando atrás, se va debilitando, se apagó.

Acabáronse las galerías. De pronto salimos á terreno libre, al borde de una barranca profunda, de un ramblazo. Aquí hay ya horizontes, perspectivas. ¿Eh? Enfrente, á la otra orilla, por una rompiente de la vegetación abierta en una espesura de un robledal, asoma un ojo, ojo único inmóvil, quieto, de cíclope, ojo clavado en nosotros con fijeza como si nos amenazara. ¡Dios mío! Es el ogro, el ogro del bosque que acabamos de dejar, que tal vez nos ha visto espionando á su hada. ¡Pero, no! ¡No hay que asustarse! No es un ojo de ogro aunque lo parece, es la ventanita de una casa medio escondida entre los *carbayos* oscuros que se abre en una rompiente de vegetación orlada de hojas.

## LA ERMITA DE LA PROVIDENCIA

Se alza en la cumbre, en la altura á que venimos subiendo desde Somió, y es una capillita humilde, con su santo, su cepillo de limosnas, su luz y su verja de madera. El terreno es aquí despejado, lomas que se enlazan surcadas de matorrales, de maíces, y en algunos sitios de cardos. Desperdigadas por la especie de altozano á que hemos arribado, se distinguen varias caserías blancas. La temperatura es fresca y acre, purísima.

Pero el gran encanto, el encanto enorme del sitio son sus vistas. Por donde quiera que se tienda la mirada, se descubre una masa de agua que no se acaba nunca, el Cantábrico, en esta sazón sereno y quieto. La altura del sitio permite distinguir con rara minuciosidad la costa, el zigzag de sus entrantes y salientes. Desde la extrema derecha se cuentan hasta siete radas rocosas, en las que el oleaje al chocar en las peñas dibuja una continua línea blanca; á la izquierda sale bruscamente en la lejanía, internándose en el mar, el cabo de Peñas, al

frente un plano que cabrillea herido por el sol y cortado por el horizonte. Gijón queda oculto á nuestros pies, en la hondonada.

La tarde agonizando, el sol poniéndose, apagando su lumbré en el agua después de encenderla, el mar en calma, el campo solo, y la brisa soplando de las olas empeñada en llevarnos los sombreros para sacarnos de nuestro éxtasis. ¡Momentos solemnes! Es preciso verlo para comprender la majestad con que el día se despide de la tierra, con que llega la noche, con que la última luz del crepúsculo se aleja rozando las ondas.

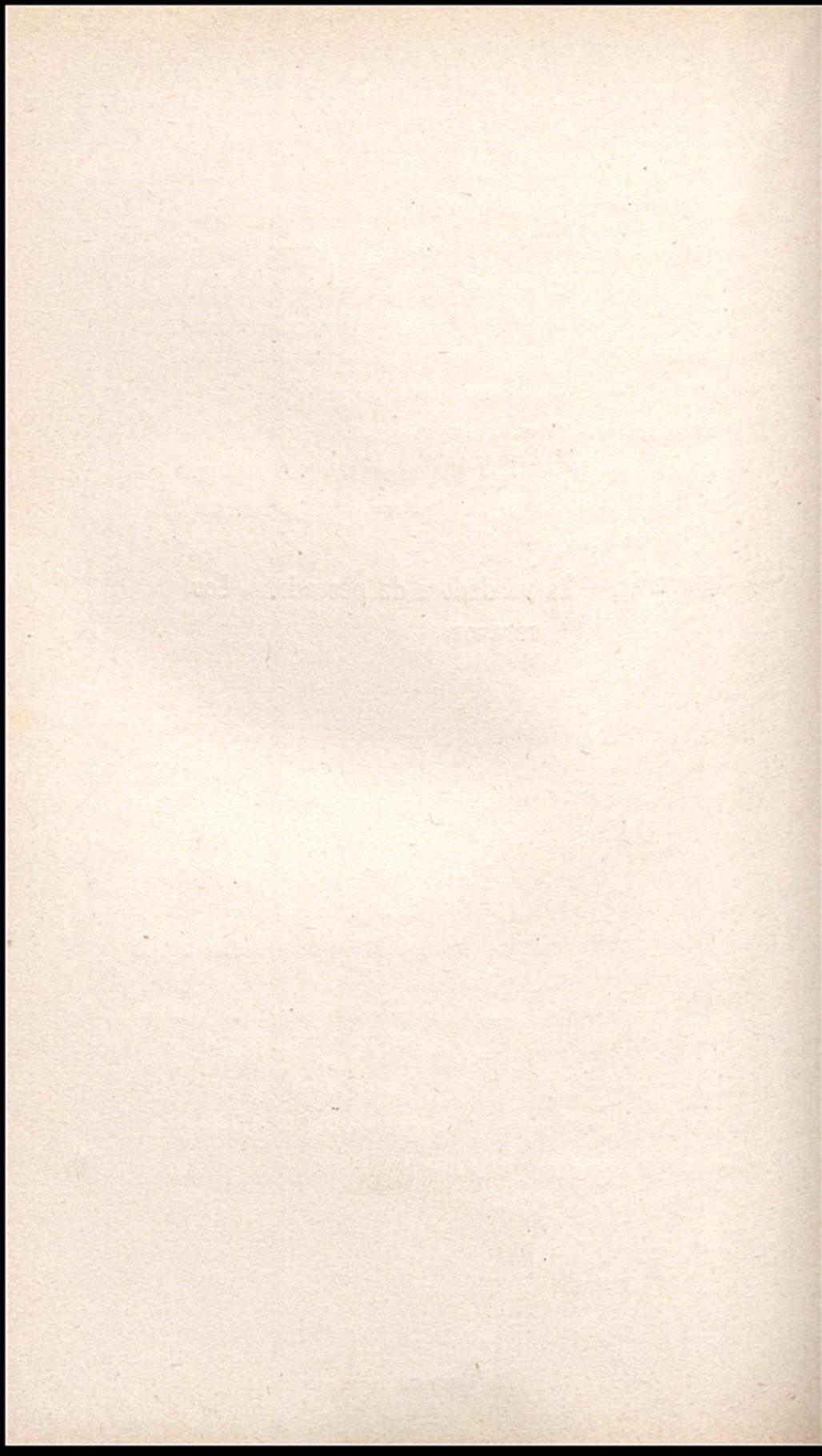
Un deseo nos arranca á la muda contemplación: el de llegar al mismo borde del Cantábrico. Está ahí abajo: á un tiro de pistola. Aprovechamos la postrer claridad del vesper para descender á la carrera, y á vuelta de unos cuantos equilibrios en las rocas, arribamos á un arrecife en el que la marea se estrella levantando montañas de espuma. ¡Qué estruendo! ¡Qué galopar de las olas persiguiéndose! ¡A ver ésta cómo revienta! ¡A ver aquélla! ¡A ver la otra! Verdes, moradas, hinchadísimas, gigantes. ¡Aquí permanecería uno toda la vida con los ojos abiertos!

Hay que arrancarse á la obsesión; es tarde. Desandamos lo andado, y á poco, nos sentamos todos los expedicionarios en corro, junto á una casería, mientras que Rafael Serrano Arroyo, que había desaparecido, se presenta con una gran jarra de leche de vacas, recién ordeñada, dispuesto á tomarse cinco vasos. Que se tomó.

Pero apenas si el crepúsculo nos permite paladear la sabrosa merienda. Precisa aprovechar la luz. Tornamos á hundirnos en las umbrías, y ya de noche llegamos á Somió, donde las señoras toman el tranvía á duras penas, mientras Serrano Arroyo y yo echamos carretera adelante, envueltos en las tinieblas, hablando de la revolución francesa y de la inmortalidad del alma, y qué se yo de cuantas sublimidades más provocadas por el lugar y la hora propicia á la expansión, y en la que mi colega me demuestra, á la vez que su profundidad de entendimiento, su manera de sentir análoga á la mía. Las olas de la playa de San Lorenzo nos sacan de nuestro diálogo y de nuestro éxtasis con su rumor.

XXV

Las cigarreras.— La vendedora de pescado.— Los  
serenos.



## XXV

## LAS CIGARRERAS

Es una de las siluetas gijonenses de más color local, en nada parecida á las de sus colegas madrileñas y sevillanas. La cigarrera de Madrid, como la de Sevilla, es lo que en el bárbaro tecnicismo de moda se denomina una flamenca: el tipo clásico de la chula. Su sonrisa es procaz y burlona, sus ojos atrevidos, sus ademanes desen vueltos; todo su continente respira desenfado y bravura. Gastan patillas, y su indumentaria constitúyenla el mantón de lana y el pañuelo mascota, generalmente caído sobre la espalda, para lucir el peinado, obra maestra en la que cifra su orgullo. A la primera mirada se la adivina: es una hembra de pelo en pecho.

La cigarrera de Gijón es el tipo opuesto. Su aire, sin dejar de ser decidido, resul-

ta más pudoroso, carece de ojos centellas y no se peina con tufos. Su indumentaria no posee nada de particular. Viste como cualquier señorita modesta, con sus mangas de farol y su obediencia al figurín, llevando descubierta la cabeza, sin el velo que exige el traje. Así ataviada, se asemeja más bien á la oficiala de obrador de la villa y corte, salvo el no usar mantilla.

En lo físico la diferencia se agiganta. La cigarrera madrileña, al igual que su compañera la sevillana, es menuda, delgadita, cimbreante, avispa, todo ojos y nervios, vivísima de carácter, impetuosa en sus sentimientos; la gijonesa es alta, llena, espléndida, estatuaria, toda morbidez y exuberancia, reposada de temperamento y contenida en sus voliciones. Quizás en el fondo lata idéntico fuego, la misma independencia, pero en lo que se exterioriza se reflejan las distintas cualidades de raza: la primera simboliza la delizadeza, la segunda el vigor. La una tiene el atractivo de lo fino, la otra el de lo fuerte.

No hago más que estampar una ligera impresión. En la coronada villa no se tropieza uno con una cigarrera ni para un remedio, fuera de los círculos á que ellas asis-

ten. Aquí se las ve en paseo, y ¡cosa singular! casi nunca solas, sino apareadas, según sus amistades.

#### LA VENDEDORA DE PESCADO

—¡Muchachas! ¡*Xardes* de ahora mismo!  
¡Comprái *sardines*!

Este pregón, lanzado á voz en cuello por un acento gutural de mujer, repercute á cada instante en las calles de la gijonense villa: son las vendedoras de pescado fresco. Pero lo verdaderamente extraño del grito es su desentono, lo rasgado del ritmo, si así puede llamarse al cántico chillón de la mercancía. No es un alarido, es un tremendo gallo.

Asomémonos al balcón. Ahora pasa una vendedora. Va descalza, y en su semblante curtido por el aire del mar se refleja una bravura indomable. Cuando abre la boca y contrae los músculos del rostro para lanzar su grito adquieren sus facciones un distendimiento que acentúa su dureza: es un pregón escapado á una cariatide. Según costumbre del país, lleva envuelta la cabeza

en el anudado pañuelo, y sobre el cráneo carga la banasta chorreante y atiborrada de sardinas de plata, acabaditas de salir de la red, coleando aún.

Es el único pescado que he visto vender aquí por las calles. Las demás familias, ó se mandan al interior ó las acaparan los fondistas. En cambio, de sardinas hay á diario una verdadera invasión, un tropel que no se agota. Todas las noches traen al muelle las barcas millares de ellas, y á la mañanita siguiente, y á veces en la misma tarde, cuando arriban los botes antes de oscurecer, se pregonan por las mujeres, que las esperan en el mismo atracadero. De tal suerte, resultan como en pocas partes jugosas, fresquísimas, sin perder su aroma de mar, y rivalizando por lo fino de su carne con la del salmón. Un manjar selecto, en suma, que en nuestras distantes capitales de tierra adentro, constituye si acaso un plato estimable.

#### LOS SERENOS

Sombrero alto con alas rectas y capa larga de paño sin esclavina, uno y otra ne-

gros. De tal guisa vestida, acaba de brotar á nuestro paso una singular figura que se diría abortada por la noche y que ha cruzado la calle.

Los focos eléctricos, las luces del gas, los brillantes escaparates, el interior encendido de los cafés, el tranvía, cuanto constituye la característica de estos modernos tiempos, todo ha sido eclipsado por la anacrónica silueta que ha surgido de repente ante mis ojos. Quizás á la claridad del día no resulte la semejanza tan completa. De noche, en la sombra, sin apreciar detalles, no cabe duda alguna: esa negra figura de capa larga es un alguacil del siglo XVII que va á hacer su ronda.

La fantasía, incitada por la aparición, vuélvese en el acto al ayer de las aventuras galantes, de las escalas de seda, de las rejas, de las estocadas, y se tienden los ojos á la calle por donde la extraña silueta ha salido, esperando que siga el pelotón de corchetes á su compañero. Nada. La gente que se retira á dormir, los comercios que comienzan á cerrarse; con disimulo busco por debajo de la capa del hombre enigma la contera de la tizona. No la distingo. No se le ve la varita, signo de autoridad. Por el por-

---

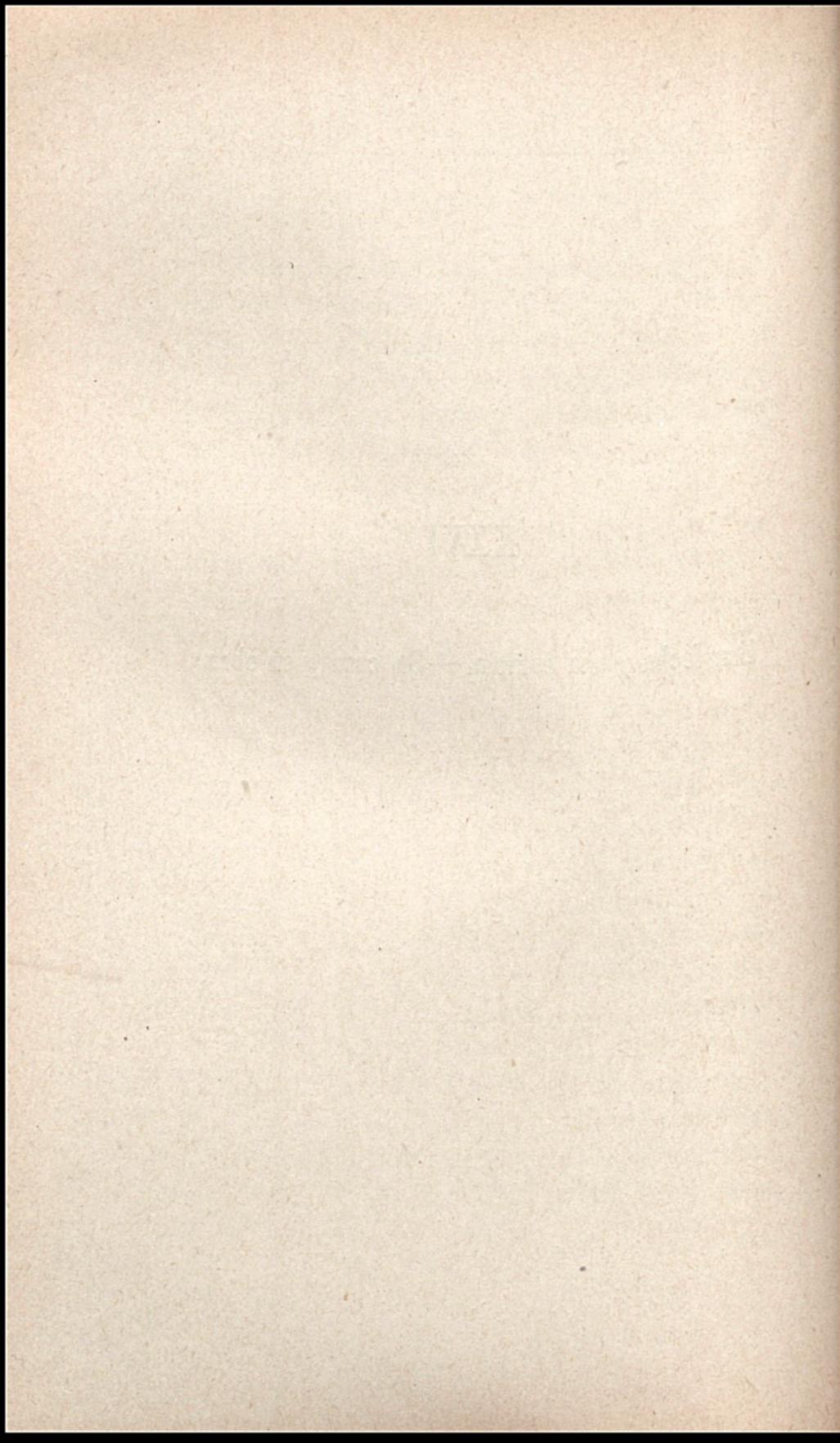
te no cabe creer que se trata de un corredor.

Un amigo, del país, acierta á pasar. El me sacará de dudas, él despejará la incógnita, él me aclarará el misterio. ¡No te rías! Pero ese hombre es un alguacil de tiempos de Quevedo, ¿verdad? ¡Qué disparate! ¡Si es un sereno de la villa!

XXVI

Una fecha y una estatua.—Su casa y su obra.





## XXVI

## UNA FECHA Y UNA ESTATUA

Descubrámonos con respeto. Ese rótulo conmemorativo de una fecha, y esa estatua alzada en el centro de un jardín, al alcance los dos de la mirada del que pase, son una reparación día por día con que la posteridad, piadosa siempre y siempre justa, pretende hacer olvidar la mayor de las injusticias cometidas en el presente siglo. Para llegar á esa fecha y á esa estatua, ha tenido que lucir la aurora de tiempos libres, de épocas nobles en que la emisión del pensamiento se considera sagrada y lícita, no acreedora á una mazmorra, sino digna de un tabernáculo.

Pero por algo el progreso es el resultado de una gestación, parto difícil no logrado sin sangre. Esa fecha y esa estatua representan el coronamiento de la obra, son

la apoteosis, triunfo último del hombre reservado á la fría mano de la muerte. Las premisas de la inscripción y del monumento constituyen una historia tristísima de lágrimas y de sacrificios, una senda de espinas recorrida con la sonrisa en los labios, sin dar albergue en el enojado pecho á la ira, con la fe en Dios y en la idea tomada por estandarte, sin retroceder nunca, por grande que fuera el obstáculo, perdonando con una abnegación sin límites, olvidándose de sí mismo para no pensar más que en la patria.

Es ley de la historia cumplida por lo regular. Casi siempre una inscripción ó una estatua, ó ambas cosas juntas, como aquí sucede, significan un desagravio, las ha motivado el martirio. Los que marchan detrás ven á los que van delante, y los ven de espaldas, donde las generaciones como los individuos tienen sus grandes faltas, sus defectos y sus crímenes. De aquí esa reparación con que, andando los siglos, unos hombres atenúan los desaciertos de otros hombres, y que demuestra lo inmutable de la justicia divina, que no olvida nunca de cumplir lo que no supo hacer la humana; de aquí esa fecha del 6 de Agosto, titulando una pla-

za, que recuerda la vuelta de un desterrado al país nativo después de siete años de injusta prisión, y esa estatua de Jovellanos, el insigne patricio que me ha sugerido tales consideraciones,alzada en el centro de un jardín, á tiro de las miradas de todo el que pase.

### SU CASA Y SU OBRA

En esa casa nació, á esa casa vino á parar á su vuelta del cautiverio, y no de morros, sufrido en Mallorca. La casa es la señalada con el número 2; la fecha del regreso es la que da título á la plaza. Espíritu noble, levantado, ganoso del bien de la humanidad, de la dicha de sus compatriotas, del auge de su país, anhelaba Jovellanos, deseo natural del corazón, que á cambio del óbolo aportado con la labor de toda su vida, se perpetuase su memoria de una manera sencilla; no quería monumentos, sino algo en recuerdo de él. Poeta tiernísimo, su imaginación le sugirió un emblema lleno de dulzura: un sauce que se denominara con su apellido. Acaso el suyo es uno de esos

que todavía se yerguen alrededor de su estatua.

No lejos de aquí, al promedio de una calle ancha que arranca de esta plaza y termina en la playa, álzase el edificio del Instituto, la obra loabilísima de Jovellanos, el pensamiento de toda su vida, realizado á costa de mil sinsabores, contra viento y marea de las circunstancias, aspiración á la que se convertía su mente hasta en los instantes más tristes de las persecuciones de que fué objeto por parte de sus enemigos. Hace precisamente un siglo en el año de gracia en que Dios se ha servido permitirme ver los testigos inanimados de tantas grandezas y tantos infortunios. En 1794, ansiando el ilustre Jovellanos dotar cuanto antes á su villa querida de un centro de cultura que honrase y que fuese á la vez digno de ella, inauguraba las enseñanzas del Instituto de una manera modesta en una finca de su hermano D. Francisco de Paula. Hoy, en 1894, el Instituto se halla instalado en su edificio propio, con sus notables museos y gabinetes y sus varias enseñanzas, entre las que se cuentan la de Náutica, instituída con sabia previsión por el ilustre D. Gaspar, atento al carácter del pueblo en que se estable-

cía, para darle buenos mineros y hábiles pilotos. Su fundador logró ver por su fortuna construída la casa de piedra en que había soñado instalar el establecimiento docente de sus ilusiones. La Providencia no le negó esa inmensa dicha, acaso una de las pocas halladas entre sus grandes penas.

El rostro de la estatua conviene con el de los grabados que yo he visto y con la pintura que del gran patricio hacen escritores tan ilustres como Cean Bermúdez primero, y Canella Secades y Somoza de Montsoriú después. Grave de semblante, dulce de facciones, la expresión de la cara suave y serena, el óvalo prolongado. De igual modo era de alma cándida é inocente por su propensión al bien, de entendimiento claro y no dado á tumultos ni utopías, de sentimientos piadosos y de sensibilidad exquisita.

No me propuse hacer su biografía. Ni me considero con méritos y fuerzas para lograrlo, ni cabe en estas notas de viaje, en que sólo hablan la imaginación y la memoria, y para eso á escape, con las palabras contadas, otra cosa que dedicar una salutación y un recuerdo al grande hombre, al filósofo, al economista, al literato y al mártir de sus creencias, nacido por su desgra-

cia con un cerebro que veía claramente el porvenir, que pensaba adelantándose á los suyos en cincuenta años, y en una de las épocas más luctuosas, eterna é imborrable mancha de nuestra historia nacional.

El cuerpo de Jovellanos duerme el eterno sueño en un sencillo sepulcro de la iglesia de San Pedro, vecina al mar. Allí, en el lado del Evangelio, por encima de una larga y elocuente inscripción que sintetiza la biografía del muerto, vése su busto sobre el coronamiento del sarcófago, revelando, á la vez que el epitafio, de quién son las cenizas enterradas tras de la losa.

XXVII

El bable. — El concejo. — Coda.